

el descubrimiento de uno de estos delinquentes sirva para el descubrimiento de muchísimos. El famoso Carduche que no ha muchos años fue castigado en Paris con el tormento de la rueda, con su declaracion, que no quiso hacer, aunque estimulado de una violentísima tortura, hasta que se vió en el sitio del suplicio, dió luz para la prision, y castigo de seiscientos cómplices, que hurtaban debaxo de su imperio, y direccion. Nuestro Señor guarde à V. E. &c.

## CARTA XXV.

### INGRATA HABITACION la de la Corte.

1 **M**UY Señor mio: Supone V. S. y supone bien, que me sería facil dexar este País, y fixar mi habitacion en la Corte, si lo desease. En consecuencia de lo qual, admirandose de que no lo solicite, y execute, me pregunta, ¿por qué quiero vivir en este retiro? A lo que, siendo yo Escritor de profesion, pudiera satisfacer con la sentencia de Horacio:

*Scriptorum chorus omnis amat nemus, & fugit Urbes.*

2 Porque al fin, aunque el Pueblo, que habito, no puede decirse desierto; respecto de una Corte, poco desdice de soledad. Pero mas me quadra la respuesta laconica, de que quiero vivir en este retiro, porque quiero vivir.

3 De un hombre illustre, llamado *Similis*, que fue Prefecto del Pretorio en tiempo del Emperador Adriano, refiere Xifilino, que habiendo hecho voluntaria demision de aquella Magistratura, se retiró à la campaña, donde vió

vió siete años de persona privada, y viendo al fin de ellos acercarse la muerte, hizo este epitafio para que se le pusiese en el sepulcro: *Aqui yaze Similis, que murió de una edad muy larga; pero solo vivió siete años.* Miraba aquel Romano la vida Aulica como un estaco, que mas tiene de muerte, que de vida, y del mismo modo la miro yo.

4 En el derecho Civil los esclavos son reputados por muertos: *Servi pro nullis habentur*, dixo el Jurisconsulto Ulpiano; y en otra parte el mismo: *Servitutem mortalitatis ferè comparamus.* ¿Y qué es la vida Cortesana, sino una mal disfrazada esclavitud? Componense las Cortes de los que gobiernan, y de los que pretenden. Y considero, que hay una reciproca esclavitud de unos à otros. Los pretendientes son esclavos de los gobernantes, y los gobernantes de los pretendientes. Aquellos, porque ni aun de su propria respiracion son dueños, debiendo compasarla, segun supersticiosamente adivinan, sea mas grata al Idolo que veneran: estos, porque, por mas que los opriman, sufoquen, angustien las importunidades de los pretendientes, se vén por mil motivos precisados à sufrirlos, como el mas vil esclavo al mas imperioso dueño. De suerte, que parece que una misma cadena, atando à unos con otros, ata à unos, y à otros. Y sea norabuena cadena de oro la que aprisiona à los que mandan; otro tanto será mas pesada: lo que sucedió à la infeliz Reyna Zenobia, que padeció mucho mas que los demás esclavos en el triunfo de Aureliano, porque iba ceñida con cadena de oro, y los demás solo de hierro.

5 Hagome cargo de que, puesto en la Corte, no me aprisionaria una, ni otra cadena, porque mi demérito me alexa tanto del riesgo de mandar, como mi genio del de pretender. Pero temo otra, que acaso no sería menos pesada que aquellas. Esta es la que me echaria à acuestas la importunidad de los preguntadores, y con que me atarian, no solo el cuerpo, mas tambien el alma. La tal qual aceptación, que han logrado mis escritos, ha impreso à muchos un concepto de mi ciencia muy superior à la realidad de

de ella, pensando que sé mucho mas de lo que sé, y aun tal vez mas de lo que nadie sabe. Considerandome, pues, como que podría satisfacer todo genero de dudas, lloverian sobre mí consultas à todo momento. Con que me veria precisado à estar al poste todo el dia, exerciendo un Magisterio sumamente laborioso sin sueldo alguno.

6. De esto hice experiencia el año de 28, que me detuve en Madrid un mes, y todo él estuve, sin intermision, padeciendo esta impertinencia. Y era cosa de vér las questões estrañas, y ridiculas, que me proponían algunos. Uno, por exemplo, dedicado à la Historia, me preguntaba menudencias de la Guerra de Troya, que ni Homero, ni otro alguno antiguo escribió. Otro, encaprichado de la Chiromancia, quería le dixese qué significaban las rayas de sus manos. Otro, que iba por la Physica, pretendia saber qué especies de cuerpos hay à la distancia de treinta leguas de baxo de tierra. Otro, curioso en la Historia Natural, venia à inquirir en que tierras se crián los mejores tomates del mundo. Otro, observador de sueños, quería le interpretasé lo que habia soñado tal, ò tal noche. Otro, picado de antiquario, se mataba por averiguar qué especies de ratoneras habian usado los antiguos. Otro, que solo era apasionado por la Historia moderna, me ponía en tortura para que le dixese cómo se llamaba la muger del Mogól: cuántas, y de qué naciones eran las mugeres, que el Persa tenía en su Serrallo. Digo, porque V. S. no tome esto tan al pie de la letra, que, ò estas, ò otras preguntas tan impertinentes, y ridiculas como estas venian à proponerme algunos. Si quando no habia dado à luz mas que dos Libros padecia esta molestia, qué sería ahora, quando los Libros se han multiplicado; siendo natural, que por la mayor variedad de materias, que en ellos toco, me atribuyan mayor extension de ciencia para resolver todas sus dudas, por extravagantes que sean? Y esto sería vivir?

7. Me ocurre ahora, que los Phylosophos definen la vida actual *movimiento ab intrinseco*, diciendo, que el viviente es el que se mueve *ab intrinseco*, de tal modo, que este

mo-

movimiento no se haga por determinacion de otro agente distinto, *ita ut motus ille ex alterius determinatione non sit*; y aunque algunos proponen otras definiciones, casi todas, en quanto à la substancia, vienen à coincidir à lo mismo. Si tomamos esta definicion en sentido algo lato, hallarémos, que habiendo tantos millares de habitadores en las Cortes, son muy pocos los vivientes que hay en ellas, porque son pocos los que se mueven, sino por determinacion de otro agente. Los pretendientes, que son tantos, se mueven por el impulso, ya activo, ya atractivo de los que miran como agentes de su fortuna. Estos están distribuidos en varios grados, en que succesivamente ván trayendo unos à otros. Los inmediatos al Principe se mueven por la atraccion del Principe, y esos mismos atrahen à otros, que son pretendientes, respecto de ellos, y de este modo vá baxando la atraccion, y el movimiento hasta los infimos. De modo, que en las Cortes se vé una representacion del systema Neutoniano del Universo, en que con la virtud atractiva los cuerpos mayores ponen en movimiento à los menores; y tanto mas, quanto es mayor el exceso, y menor la distancia. Y como en las Cortes están tan inmediatos los Grandes à los pequeños, es mucho mayor el movimiento que dán aquellos à estos, que el que pueden dár à los pequeños, que están alexados por las Provincias. De aquí viene verse à cada paso sugetos, que viviendo lexos de la Corte, no los mueve, ò mueve poco la ambicion à pretender; y transferidos à la Corte, la cercania de los mayores los agita fuertisimamente. ¿Y qué se yo si à mí me sucedería lo mismo? En todo caso, *bonum est non hic esse*; mayormente quando, aunque no me moviesen por este camino, no me dexarian reposar por el que insinué arriba, y acaso por otros; siendo verisimil, que no solo me inquietarian los curiosos como erudito, mas tal vez tambien los pretendientes como medianero.

8. Pero aunque todo lo dicho basta por sí mismo para hacerme displicente la habitacion de la Corte, mucho mas me la hace odiosa por una como necesaria resulta que tiene;

ne; y es, que donde hierben las pretensiones, hierben ciertas especies de vicios, con quienes tengo especial ojeriza: La hipocresía, la trampa, el embuste, la adulacion, la alevosía, la perfidia. Aborrezco la hipocresía, no solo por razon, mas aun por instinto; no llamase, si se quisiere, antipatia. Y nadie podrá negarme, que donde concurre una multitud de pretendientes, concurre una copiosa turba de hypocritas. ¿Qué es un pretendiente; sino un hombre, que está pensando siempre en figurarse á los demás hombres distinto de lo que es? ¿Qué es sino un Farsante, dispuesto á representar en todo tiempo el personage que mas le convenga? ¿Qué es sino un Proteo, que muda de apariencias, segun le persuaden las oportunidades? ¿Qué es sino un Camaleon, que alterna los colores, como alternan los ayres? ¿Qué es sino un ostentador de virtudes, y encubridor de vicios? ¿Qué es sino un hombre, que está pensando siempre en engañar á otros hombres? Es verdad, que son muchos los que le pagan en la misma moneda; esto es, aquellos mismos que busca como arquitectos de su fortuna. El miente virtudes, y á él le mienten favores. El vá á engañar con adulaciones, y á él le engañan con esperanzas.

9 Este es el comercio mas valido, y casi general en las Cortes. Esta es la moneda que en ellas circula sin cesar. Moneda falsa; pero ninguna mas corriente. No solo corre, vuela; propriamente moneda de soplillo, porque toda es ayre. Es un trafico de embeleco, en que con comisiones engañosas se compran benevolencias aparentes. De una, y otra parte intervienen promesas vanas. El poderoso hace esperar beneficios, y el dependiente agradecimientos.

10 Pero de quienes se hallan al fin mas burlados los pretendientes, no es de los que mandan, sino de ciertos faranduleros, que hay en las Cortes, á quienes creen, que tienen introducción con los que mandan. Estos son unos vilisimos estafadores, hambrientas harpías, sedientas sanguiuclas, que á los pobres incautos que de las Provincias acuden allí á sus pretensiones, á poco que se descuiden, les chupan hasta la última gota de sangre: y al mismo tiempo

po que les persuaden, los harán bien recibidos en Palacio, insensiblemente los ván llevando al Hospital. Y lo mas admirable en esto es, que haya algunos tan neciamente credulos, que se dexan persuadir á que son capaces de levantarlos á mejor fortuna, los que no aciertan á mejorar la propria: necesidad que coincide con la de aquellos, que creen que son dueños del secreto de la Piedra Phyllosofal: unos vagabundos, que apenas tienen lo necesario para librarse de la hambre. Sin embargo, no falta quien espera que le grangee quatro mil ducados de renta, quien no puede adquirir para sí quatrocientos; ó que le introduzca en el gabinete, quien no se atreve á subir á la antesala.

11 Mas todo lo dicho es nada en comparacion de lo que pasa entre los mismos pretendientes, sobre el empeño de desembarazarse reciprocamente unos de otros. El que vé á su lado un concurrente, que puede disputarle la plaza, á que él mismo aspira, qué maquinaciones no mueve para desbaratarle? Todas sus acciones acecha, y aun se adelanta á adivinarle los pensamientos. Estudia toda su vida, desde el nacimiento hasta la hora presente. Indaga quiénes fueron sus padres, y abuelos, por si en su genealogía puede encontrar nota, que le infame. Por medio de algun tercero procura indagar sus secretos para hacerlos públicos, poniendoles á la margen las mas odiosas interpretaciones. Consulta si puede á sus mayores enemigos, tomando de ellos los informes *de vita, & moribus*. No hay escondrijo que no examine, ni noticia que no apunte, de quantas pueden servirle para echar á perder su reputacion. ¿Y esto para qué? Para verterlo por sí, ó por sus emisarios en calles, plazas, y paseos.

12 No dudo yo, que hay muchos pretendientes timoratos, y honestos, que buscan su fortuna por medios permitidos. Doy que la mitad de ellos sean de esta clase. Siempre quedan fuera de ella los bastantes para llenar la Corte de chismes, è incomodar con ellos casi todas las conversaciones, aun las que se exercen en los mas solitarios retiros; porque los pretendientes todo lo andan.

13 Todo lo que hasta aqui he expuesto me enfada en la habitacion de la Corte. Pero aún no he expuesto todo lo que me enfada. Falta una partida de gran consideracion. Yo no sé si lo influye la Corte, por ser Corte, ò si por via de contagio se comunica en la Corte. Hay un vicio de los pretendientes, que se ha hecho comun, y como transcendente aun à los Cortesanos, que no son pretendientes. Hablo de las expresiones fingidas de amistad, ò cariño. Si se cree lo que en esta materia se oye en la Corte, se juzgará, que aquella vecindad se compone de los genios mas bellos, mas dulces, y mas sociables del Mundo. Digo lo que ví muchas veces. Encuentranse dos personas en la calle, ò en el paseo, sin mas conocimiento de uno à otro, que el preciso para saludarse. ¿Y se contentan con saludarse? Nada menos. Recíprocamente se esmeran en las mas expresivas protestas de una cordialissima amistad, ò un amor muy fino. Y esto no pocas veces se practica entre personas, que no solo se miran con una perfecta indiferencia, mas aun con positivo desafecto. Ví algunos de estos encuentros en ocasiones que yo acompañaba à este, ò aquel sugeto de bastante caracter; y en que, despues de los mas tiernos requiebros de parte à parte, luego que se separaban, el sugeto à quien yo hacia compañía, en confianza me manifestaba, que el otro, à quien habia requebrado, era uno de los que mas le enfadaban en la Corte. No dexaba yo de significarle quánto estrañaba, y aun quánto me desplacia un defecto tan grave de sinceridad. Pero à esto se me respondia, que ese era el estilo de la Corte. Será, segun eso, replicaba yo, el estilo de la Corte el dolo, la simulacion, y el embuste. No, me respondia, que aquello se tomaba por mera ceremonia, que nada significaba; y así, ni el otro le creía las expresiones de amor, que le habia hecho, ni él al otro las suyas. ¿Pues si esos requiebros de nada sirven, reponia yo, por qué no hablan unos hombres à otros, como se deben hablar los hombres, y no como hablan los Jovenetos à las Damiselas? Porque este es el estilo de la Corte, se me volvia à responder.

Sia

14 Sin embargo, yo con algun escrupulo quedaba de que esta respuesta no era mas sincera, que las ternuras cómicas, que acababa de oír à los dos fingidos enamorados. Y me inclinaba bastantemente à pensar, que recíprocamente tiraban à engañarse, y à caso cada uno quedaba satisfecho de que habia engañado al otro. Mucho tiempo ha tengo observado, que una de las mas comunes simplezas de los hombres, es tener à los demas por simples. Todos los mentirosos por habito padecen esa simpleza; pues solo en la confianza de la corta capacidad de los oyentes pueden esperar ser creídos, aun quando las mentiras carecen de toda verisimilitud. En la materia en que estamos, se vé esto claro. ¿En qué puede fundar un hombre la esperanza de ser creído, quando à otro hombre, à quien no debe servicio, ò beneficio alguno, le dice, que le ama finamente, sino en el concepto, que ha hecho, de que el tal es sumamente inadvertido?

25 No niego yo, que tambien fuera de las Cortes hay los vicios, que he representado como propios de las Cortes, porque los hombres en todas partes son hombres; pero mucho mas infreqüentes, porque son mucho mas infreqüentes las ocasiones, y los motivos. Como las Cortes son los Teatros, donde la fortuna principalmente reparte sus favores, ò affige con sus desdenes, tambien en ellas principalmente la condicion humana influye la embidia, la emulacion, el odio, la detraction, el embuste, las amistades fingidas, las alevosias verdaderas, los despechos, las desesperaciones, y otros mil desreglados afectos, que à quien, como yo, nada espera, ò solicita en la Corte no puede menos de ocasionar mucho enfado. Nuestro Señor guarde à V. S. muchos años, &c.

CAR-